

Reseñas de Libros / Book Reviews

Eley, Geoff. *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*. Valencia, PUV, 2008, 313 pp.

Por Sebastián Sánchez González
(Universidad Academia de Humanismo
Cristiano)

La traducción al castellano del libro del historiador británico Geoff Eley *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, editado por las Publicaciones de la Universidad de Valencia en 2008, admite diversos enfoques de lectura, todos ellos estimulantes, que apuntan a interrogarnos acerca de las formas de hacer historia. A través de una opción narrativa que parte desde la propia experiencia de vida academia del autor, Eley nos presenta un gran trabajo de historia intelectual, avalado por su gran erudición acumulada de sus trabajos historiográficos que van desde el nacionalismo radical en el imperio germano, hasta sus estudios sobre la izquierda política en Europa, a los que suma reflexiones teóricas y metodológicas sobre la historiografía.

El libro nos presenta el recorrido de los cambios más significativos que han tenido lugar en la historiografía de las últimas cuatro décadas. En su búsqueda de caracterizar dichos cambios, plantea que ha habido dos oleadas masivas de innovación desde los años sesenta hasta el presente. La primera oleada va desde los años sesenta a los ochenta: la historia social. La segunda ola cuya cresta se alcanzó en los años noventa, la historia cultural. Ambas tuvieron una relación de proximidad con los debates políticos de sus momentos respectivos. Los historiadores sociales acentuaban la vida material, la clase y la sociedad. Para el mundo de habla inglesa, el impacto de esa historia social tuvo tres fuentes principales: La primera es el grupo de los Historiadores Marxistas Británicos; la segunda, el impacto de las ciencias sociales de finales de los años cincuenta; y por último, el aporte francés con la escuela de los Annales. Estos tres pilares de la historia social, centraron su atención en grandes problemáticas, las estructuras y los macrorelatos de la sociedad en su conjunto. La segunda oleada produjo la

Nueva historia cultural, en donde los historiadores culturalistas, se centran en el significado, así como las formas de percepción y comprensión que la gente construye y despliega dentro del mundo social, estando marcada por los aportes del denominado “giro lingüístico” y los estudios culturales.

La tesis del autor es que los debates académicos entre los historiadores, son inseparables de la política en el más amplio sentido de la palabra. Entonces, el bagaje filosófico, sociocultural y estrictamente político que los historiadores llevan consigo al debate académico, sumado a la toma de posiciones en las instituciones y en la esfera pública, hace que los temas políticos y las controversias generales asociadas a ellos, acompañen inherentemente a sus intereses académicos. En este sentido, Eley además de mostrarnos los cambios en la disciplina, busca caracterizar como los debates políticos han ayudado a conformar el propósito de la historia a lo largo de las cuatro décadas pasadas.

En su visión, los debates entre los historiadores han estado, en cada caso, netamente vinculados a desarrollos más generales en la esfera pública, algunas veces como una respuesta directa, y en otros, a través de la influencia indirecta o prestamos parciales, de los procesos políticos mismos o mediante discusiones relacionadas con otras disciplinas académicas. Desde esta perspectiva, busca trazar todo un conjunto de encuentros entre las tareas de la escritura de la historia y el clima político que las envuelve, explorando la compleja relación ida y vuelta entre historia y política.

Las motivaciones del libro entonces son dos: la primera hacer un inventario, basado en la propia experiencia del autor, entre las distintas formas de hacer historia especialmente entre historiadores sociales y culturales de la segunda mitad del siglo XX. Planteando un viaje a través de unas “políticas del saber” definidas por ciertas cuestiones conceptuales primarias y duraderas como: base y superestructura, ser y conciencia, estructura y agencia (la capacidad de ser actor social), vida material y subjetividad, lo «social» y lo «cultural». La segunda

motivación es explorar la relación de la disciplina de la historia con la política, es decir, observar las genealogías de las formas de conocimiento del historiador en una conversación continua entre las principales formas de investigación historiográfica y la sucesión de las coyunturas políticas que lo rodeaban. Por esta razón, el autor se preocupa por aquellos historiadores que desde los años sesenta intentaron vincular su práctica académica de la disciplina con una política comprometida con el cambio social y cultural a gran escala.

Importante de destacar en este punto, que al plantear el relato desde la propia experiencia, la convergencia entre el desarrollo político e historiográfico presentado por el autor, es coincidente también con su propio recorrido político e intelectual. Por esta razón, nos presenta un esquema de lectura centrado en tres momentos centrales de su vida, expuestos en los capítulos II, III y IV, que detallan diversos aspectos de los cambios de pensamiento histórico a lo largo de los últimos cuarenta años: El optimismo, caracterizado por la primera etapa de construcción y asentamiento de la historia social; la desilusión, marcada por las primeras críticas que comienzan a surgir sobre dicho enfoque cuando aún se presentaba como la opción más clara en la historiografía; y por último, la reflexión, donde se nos presenta de lleno el giro hacia la historia cultural, que cómo planteó Lynn Hunt, incluso actualmente parece ser una historia “hegemónica”. Cada uno de esos tres capítulos se cierra con un ejemplo tomado de áreas diferentes de la historiografía, con la intención de ilustrar las principales trayectorias de la escritura progresista de la historia a través de las figuras de Edward Thompson, Tim Mason y Carolyn Steedman, que buscan plantear una discusión sobre las fortalezas y debilidades de la historia social y cultural.

Cada una de estas tres etapas nos van delineando el itinerario del recorrido de esa “línea torcida” que va desde lo social a lo cultural. Como es evidente, el paso que condujo de la historia social a la historia cultural, no fue una progresión sencilla, se alcanzó a través de disputas duramente combatidas entre objetivos, teorías y métodos. Además como bien señala el autor, la temporalidad otorgada a los movimientos de cambio desde la historia social a la historia cultural, no deben entenderse como cortes claramente definidos. De hecho, la velocidad de su realización hizo inevitable que

las diferentes perspectivas se mezclaran, lo que el autor hace notar especialmente en los capítulos III y IV.

En suma, los postulados de Eley pueden sintetizarse en cuatro aspectos. En primer lugar, nos señala que por un tiempo la disciplina pareció separarse en dos bandos hostiles entre sí, con los materialistas y estructuralistas por un lado y los culturalistas y seguidores del giro lingüístico por otro. No obstante, los nuevos estudios ya rechazan la división polarizada entre lo social y lo cultural, logrando trabajos sociales y políticos imbuidos de una analítica cultural. Por esta razón, el autor plantea que la división entre lo social y lo cultural siempre fue una separación categórica falsa, frente a la cual no hay que elegir.

Por otra parte, el autor plantea que se necesita recobrar cierta confianza en la posibilidad de captar la sociedad en su conjunto, de teorizar sus fundamentos de cohesión y estabilidad, y de analizar sus formas de movimiento. Lo que nos lleva a su tercera conclusión: la historiografía no es estática. En un corto tiempo se han visto dos enormes cambios de orientación en los estudios históricos, ambos comandados desde la interdisciplinariedad. Al parecer existe incluso dentro de la que pareciera ser una hegemónica historia cultural, un nuevo giro que vuelve a mirar las obras de autores como Thompson o Raymond Williams

Por último, recalca que la política importa en un doble sentido: en primer lugar dado que las dos oleadas, la de la historia social y la historia cultural, provenían de acontecimientos políticos más generales que se extendían más allá de la academia en sí. Por otra parte, cada uno de los historiadores a los que se refirió en específico Thompson, Mason y Steedman pasaron gran parte de sus trayectorias profesionales fuera de la universidad, involucrados en diferentes tipos de actividad pública. Esa sinergia entre el compromiso político e intelectual incita invariablemente al mejor trabajo histórico.

Finalmente el llamado o desafío que hace Eley, y que también le otorga el subtítulo al libro, es pasar de la primacía de la historia cultural a una historia de la sociedad, que reitere la importancia de la historia social, en cuanto necesitamos mantener siempre relacionados nuestros temas de estudio específicos con el cuadro más general de la sociedad en su conjunto. El libro entonces, también sostiene

que se pueden mantener los logros de la nueva historia cultural, sin abandonar los aportes de los historiadores sociales.

Fernández Navarrete, Donato, *Historia de la Unión Europea. España como Estado miembro*. Madrid, Delta Publicaciones, 2010, 396 pp.

Por Cristina Luz García
(Universidad Autónoma de Madrid)

Para los historiadores del tiempo presente el estudio de la Unión Europea, y sus precedentes, ha tenido siempre un interés especial. Nos encontramos ante un proceso en construcción y destrucción continua, por lo mismo la historicidad de su evolución se hace imprescindible para poder comprenderla. Dado la complejidad de la misma, es fácil encontrarnos con multiplicidad de páginas escritas sobre diversos aspectos o hitos históricos, pero pocos escritos que logren sintetizar desde sus inicios el proceso.

El libro del catedrático de Economía Aplicada, Donato Fernández Navarrete, consigue a través de un lenguaje accesible, en un terreno difícil como es el relacionado con los asuntos concernientes a la construcción europea, un manual didáctico y actualizado de los estudios que durante medio siglo se han ido produciendo sobre la Unión.

Dos puntos son necesarios aclarar sobre el título del libro y su autor. El título puede confundirnos, ya que parece presentarse como una Historia de la Unión Europea centralizada en la aportación de España al proceso. Por el contrario nos encontramos ante dos libros o incluso tres, que a su vez se complementan. El primero relativo a la Historia de la Unión Europea (que encuadraría los capítulos del 1 al 8) el segundo sobre la Historia de España y su relación con la Unión Europea (capítulos 9 y 10) y por último un apéndice documental y una cronología que cierra el texto.

Por la formación del autor, podríamos esperarnos un libro sobre asuntos económicos de la Unión Europea, en donde los datos cuantitativos sobrepasen en gran medida a los cualitativos. Si nos adentramos en el texto, podremos comprobar que la narración está principalmente guiada por ideas más que por datos, y cuando se dan estos últimos se tratan de

una manera accesible para el lector no familiarizado con el lenguaje económico.

La interdisciplinariedad del texto puede comprobarse por los aportes que de su lectura hicieron especialistas de diferentes áreas como: Rosa María Fernández Egea, profesora de Derecho Internacional Público; Víctor Gavín, Profesor de Historia Contemporánea o los Profesores de Historia de las Relaciones Internacionales, Juan Carlos Pereira y Antonio Moreno Juste. A todos ellos el autor agradece sus consejos y correcciones que sin duda han aportado al libro una dimensión de manual para todos aquellos que desde diversas disciplinas quieran acercarse o profundizar sobre el conocimiento de la construcción europea.

El texto comienza con el prólogo de Enrique Barón Crespo, uno de los grandes protagonistas, tanto de la Historia de la Unión Europea como de la Historia de España dentro de ella. En sus palabras destaca el trabajo encomiable del profesor Fernández Navarrete de poner orden y coherencia a la cantidad de información que hoy en día tenemos del gigante europeo.

Al inicio del primer capítulo el autor señala una idea que será estructural en el resto del libro: la Historia nos ha demostrado que Europa no se ha podido unificar por la fuerza de las armas y que el miedo al poder hegemónico de una de las potencias ha ido en detrimento de su unificación o incluso en su pacificación.

Los capítulos centrales del libro, están dedicados a la evolución de la construcción europea. Los diferentes tratados son analizados de manera fluida y el texto es ayudado por interesantes cuadros monográficos que aclaran la trayectoria de los protagonistas del proceso. En los inicios, el autor subraya el papel de Estados Unidos así como la importancia que tuvo desde un comienzo, la voz de Francia. En los capítulos tres y cuatro analiza las tensiones entre las propuestas federalistas y funcionalistas, dedicándole especial interés tanto a la declaración Schuman como al triunfo de la vía económica que supuso el Tratado de Roma. Los años setenta hasta llegar al Tratado de Maastrich están principalmente protagonizados por la crisis económica y la ampliación mediterránea, para llegar a la última etapa de consolidación del proceso.

Si los capítulos del 1 al 6, nos ofrecen un panorama de lo que fue la Unión, los capítulos 7